

Recensiones de libros

Biobibliografía de Joaquín de Entrambasaguas, Madrid, 1983, XXXIX + 90 págs.

La **Biobibliografía de Joaquín de Entrambasaguas** es una obra insólita. Insólita por la aristocrática exuberancia de su contenido e insólita por la manera de llevarse a cabo su edición, dirigida y costeada por un fiel amigo del biobibliografiado, el doctor Francisco Arquero Soria.

De las dos partes bien diferenciadas de que consta, la primera, «Autoprólogo», es propiamente la biografía humana y científico-intelectual del profesor Entrambasaguas. La segunda, titulada «Bibliografía y principales críticas de que han sido objeto las publicaciones del autor», refleja con fidelidad en el título su contenido.

Quienes hemos tenido la enorme suerte de conocerle y recibir sus enseñanzas, nunca podremos pagarle aquella visión diferente de la literatura que él nos ayudó a tener. Claro, que para ello hay que tener una visión también diferente de la vida, como él la tiene.

«Catedrático de Instituto (1932-1934) y de Universidad (1934-1974), se dedicó de lleno —simultáneamente a su intensa vida social y a sus continuos viajes— a su profesión docente e investigadora, expuesta en la cátedra y en innumerables cursillos y conferencias. Su obra abarca desde los estudios humanísticos y de erudición, a la crítica literaria, la poesía, el cuento, el cinematógrafo, el ensayo y la gastronomía. Este tomo no es sólo una bibliografía, es también el balance de toda una vida dedicada al estudio y la enseñanza de la Literatura Española, no como simple repetición de conocimientos anteriores, sino como resultado de investigaciones propias, de ideas originales que cambian, en muchos casos, la visión de nuestras letras. Labor ingente que ha conseguido a base de trabajo personal, sin distraerse en tareas ajenas a la actividad docente», dice el profesor Arquero Soria y suscribimos nosotros.

La primera parte es de deliciosa lectura, por la manera desenfadada y a veces humorística —lo que no le resta un ápice de seriedad— de hacer esta biografía. Recordando al maestro, diremos que habría que pagar impuesto de lujo por leerla. Por otro lado, y en lo referente a temas generales, se puede conocer el ambiente universitario y cultural español de las últimas décadas,

con sus luces y con sus inevitables sombras, concretadas, estas segundas, en las rencillas, ineptitudes, envidias, partidismos y otras lindezas que de manera casi absoluta caracterizan a la universidad española en particular y a la cultura en general. Quedan igualmente reflejadas las esporádicas relaciones que en el campo de lo intelectual hemos mantenido siempre con Iberoamérica, desde la posición de prestigio de los humanistas españoles, representados con entera dignidad por el biografiado.

La parte segunda recoge las más de mil principales ocasiones en que el profesor Entrambasaguas ha tratado temas literarios, tanto en el campo de la investigación como de la crítica y de la creación, o ha sido tomado él mismo como tema, agrupadas según los siguientes epígrafes: «Estudios, ensayos y notas de investigación erudita y de crítica sobre Literatura, Filología, Historia, Arte, Bibliografía y otras materias afines a éstas» (218), «Ensayos y artículos sobre diversos temas: crítica, selecciones, traducciones, etc.» (188), «Reseñas críticas de publicaciones de otros autores» (274), «Prólogos, pregonos, presentaciones, etc.» (56), «Publicaciones periódicas: revistas, colecciones, etc.» (14), «Temas docentes o relacionados con la enseñanza y textos, ediciones, programas, etc... referentes a ella» (80), «Poesía» (69), «Ensayos literarios y cuentos» (55), «Cinematografía y teatro» (41), «Gastronomía» (33), «Varia: entrevistas, opiniones, encuestas, polémicas, intervenciones en actos culturales, etc..., sin temas ya insertos en los demás grupos y con textos fidedignos del autor en cada caso, y no solamente las noticias de prensa» (48) y «Miscelánea diversa en torno a Joaquín de Entrambasaguas» (78), con anexos de las más importantes referencias a cada uno de los trabajos.

Asombra esta segunda mitad del libro y todo él pone de manifiesto la casi ilimitada capacidad humana cuando es espoleada por una decidida vocación, por un **desinteresado interés** y por una preclara inteligencia, como es el caso del más profundo conocedor, crítico y comentarista del Fénix de los Ingenios y estudioso de la obra gongorina.

Joaquín Criado Costa

ACADEMIA DE SAN ROMUALDO, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES, **Cuentos Puente Zuazo**, San Fernando (Cádiz), 1980, 180 págs.

Desde el año 1974 la Real Academia de «San Romualdo» de San Fernando (Cádiz), con el patrocinio del Ayuntamiento de la ciudad, viene convocando el Premio de Cuentos «Puente Zuazo» y este libro contiene los originales premiados desde ese año hasta el 1979 inclusive.

A nadie que esté al tanto de la actualidad cultural andaluza se le oculta que en la vieja Isla de León existe un nutrido grupo de escritores de fuste que mantienen viva la eterna llama cultural de las buenas letras. Una representación selectiva de los mismos se asoma a este libro con uno o varios cuentos de verdadera calidad.

Prologa la publicación el insigne médico militar y humanista Juan Bohór-

quez Sargatal, isleño de los que ejercen y vicepresidente de la Academia de «San Romualdo», amén de escritor de depurada calidad.

El cuerpo de la obra lo forman una docena de narraciones cortas, magníficas por lo general, de Julián Blasco, Germán Caos, Julio Vecino, Ana M.^a Rodríguez Martín, Alberto J. Revuelta, Enrique Montiel, José Cervera, Salvador García Paláu, Juan Mena y José M.^a Hurtado, cuentos que han obtenido premio o accésit en alguno de los concursos celebrados.

De Julián Blasco Moyano, cordobés de Villanueva del Duque y consumado autor de cuentos, se incluye el titulado «El engaño», breve y poético, psicológico y marinero.

«Tarde de verano» y «El óbito de Carlos Borromeo» salieron de la pluma de Germán Caos Roldán, el autor de **Cuatro cuentos de hombres**, quien ha visto reconocida su labor ensayística y cuentística con numerosos premios. El primero, «Tarde de verano», de ambiente familiar y hombres de la costa, sigue una línea emocional que levanta el espíritu. El segundo, «El óbito de Carlos Borromeo», es una penetración en lo que de lúdico y rutinario tiene la muerte, captando fotográficamente y —podríamos decir— fonográficamente un velatorio en las tierras sureñas.

Julio Vecino, cordobés de Peñarroya-Pueblonuevo e Interventor de la Armada, es el autor del cuento «Segundo acto», que firmara con el pseudónimo «Pedro García». Cuento de carácter psicológico, relato desgarrado de amor y muerte, es la historia de amor imposible de Guillermo y Lucía, que son primos hermanos.

Una narración lírica, estática, con intervalos misceláneos, que como su título —«... Y a la reunión de las aguas Dios la llamó mar»— no se sabe bien adonde nos lleva lentamente, se debe a la pluma de Ana María Rodríguez Martín.

Alberto J. Revuelta Lucerga cuenta «La vulgar, increíble, alegórica y trágica historia de Bernardo, "El Torero" de la Isla», bien construida y llena de tópicos que, por reales, no dejan de serlo en literatura.

De ambiente localista es la narración dialogada, en trece tiempos, «La última pelea del castillo», de Enrique Montiel Sánchez, con una magnífica estructura interna. A su pluma se debe también «Los días del circo», primer premio del certamen del 78, cuento de ambiente pequeño-urbano, magnífico en su temática y en su forma.

«La nocturna», del abogado de la Armada y periodista José Cervera Pery, es el título de una narración sobre el manido tema del sueño de gloria de un novillero que empieza.

El economista Salvador García Paláu figura con un cuento sobre la muerte de la marisma que, con el título «Fango, zapinas..., hombres», evoca un ambiente que se fue y unos hombres que vivieron inmersos en el mismo.

«La invasión de la memoria» es la narración con que está representado Juan Mena, consagrado escritor —poeta principalmente— que ha alcanzado ya, pese a su juventud, prestigiosos premios literarios. Es una evocación nostálgico-lírica de la Isla desde el exilio laboral en Düsseldorf, del que tanto saben las mentes y los corazones de los hombres del Sur.

Las peleas de gallos, la parafernalia que rodea las competiciones, son el tema de «El Charro», de José M.^a Hurtado Egea, cuento que cierra la colec-

ción y que pone en evidencia un lenguaje característico de los ambientes galleros.

En resumen, esta docena —pero no por ello, ni mucho menos, adocenados— de cuentos son fiel reflejo de la vida y de los hombres en un escenario común a todos ellos: San Fernando, la Isla, con su peculiar modo de ser y de hablar, de entender la existencia y el final de ésta, pues no en balde de ello se trata con el preciado y ya prestigioso Premio «Puente Zuazo» que viene convocando la Real Academia de «San Romualdo» con tanto cariño como éxito.

Joaquín Criado Costa

Crónica de la «Cena jocosa» de 1982, Jaén, Asociación de Amigos de San Antón, [1983], s. p. [54 pp. + 15 láms.].

La Confraternidad de «Los Amigos de San Antón» es una original asociación de giennenses —naturales y adoptivos— que elige sus miembros entre los que más y mejor han demostrado el amor a su tierra. Los individuos se reúnen cada año en una *casería* diferente, precisamente en una noche próxima al 25 de noviembre, festividad de Santa Catalina, para compartir cena e inquietudes, amistad e ilusiones, nostalgias y proyectos. Tiene su sede en el salón alto del Arco de San Lorenzo, de Jaén, cercano a la magnífica iglesia de la Merced, barrio colindante con el de San Ildefonso, preciosos lugares urbanos, de gratisimas, profundas e inolvidables vivencias del recensor.

El miembro admitido en el año 1982 fue Alfonso Sancho Sáez, hombre de letras, castellano que tuvo el privilegio de echar raíces familiares en las benditas tierras giennenses, y quien ha estudiado como nadie la obra poética de Almendros Aguilar.

Recoge el libro las intervenciones que tuvieron lugar en la Cena de Santa Catalina, el día 27 de noviembre de ese año de 1982, en las estancias de la *casería* «El Carmen», en el pago de Las Peñas de Castro, del que es propietaria doña Carmen Balguerías Jiménez. La tirada ha sido de trescientos ejemplares numerados, firmados todos ellos por el Prioste de la Congregación.

La crónica de la cena jocosa o de Santa Catalina la hace Vicente Oya Rodríguez, Cronista Oficial de la ciudad de Jaén, y en ella constan los asistentes, el escenario, el ambiente, el menú, etc., con el estilo característico del autor, y evocando adrede cricones con sabor de épocas pretéritas.

El elogio del lugar elegido y la cálida bienvenida al doctor Sancho Sáez está a cargo de Pedro Casañas Llagostera.

Unas palabras evocadoras de sus primeros años, de su llegada a Jaén y de los tiempos de posguerra, preceden a las de gratitud de Alfonso Sancho, escritas con la galanura y atildamiento de quien domina la prosa y sabe saborearla.

Manuel López Pérez, secretario general del Instituto de Estudios Gien-

nenses, al que dedica –asombrosamente– todo su tiempo, inserta un artículo sobre *la casería*, tan típica de las tierras giennenses.

Unos temas urbanísticos, como el Portillo de la Llana –en un lienzo de muralla del castillo, restaurada recientemente– y el «Torreón de Bedrines o Vedrines» son los que trata el arquitecto José M.^a Pardo Crespo.

Fernando Lorite García evoca juegos infantiles en las calles del Jaén de hace algunos años.

Un anecdotario jocoso de la clase médica giennense ocupa a Diego Jerez Justicia, quien, por su profesión, conoce y trata el tema con detalle en el fondo y con perfección en la forma.

Los toros en la célebre plaza jaenera y un amplio recuerdo de una actuación del más grande de los toreros de todos los tiempos, el cordobés Manuel Rodríguez «Manolete», son los temas que desarrolla, con lujo de filigranas toreras, Juan Castellano de Dios.

No podía faltar una alusión costumbrista a la figura de San Antón, protector de los animales, hecha magistralmente por el veterinario Francisco Olivares Barragán.

Vicente Oya, el referido cronista, reflexiona en voz alta sobre la vieja y la nueva ciudad, con pasajes evocadoramente literarios y sentidos.

Un tema casi olvidado, el de las urnas de Vírgenes y de Santos que recorrían antaño la ciudad, de casa en casa, es el tratado por Rafael Ortega Sagrista, con un peculiar estilo entre humanístico e irónico, pero, sin lugar a dudas, profundo.

El poeta Miguel Calvo Morillo incluye unos magníficos poemas evocadores de otro poeta giennense, Bernardo López García (1840-1870), autor del famoso poema en décimas «Al dos de mayo».

Luis Berges Roldán inserta unos párrafos de homenaje a la familia Balguerías, estudiando a sus antecesores más recientes, sin olvidar a Eduardo Balguerías Quesada, que fue director del Jardín Botánico de Madrid.

Cierra la obra un epílogo del conocido bibliógrafo y bibliófilo Manuel Caballero Venzalá, quien rememora un Jaén de otra época, partiendo de *Almanaque de El Chirri* –periódico «no literario, ni de intereses materiales, ni espirituales», que se publicará cuando se pueda»– para 1886. Pasa revista a la sociedad «El Portalillo», a los anuncios, a los almacenes, a las fábricas, a las funerarias– como la de Pedro López, junto al Arco de San Lorenzo: Depósito de ataúdes, gran existencia de cajas / de metal y de madera / de formas nuevas y varias / y a gusto del que las usa; / se emplean para forrarlas / desde las telas más ricas / hasta las más ordinarias. / Se graba además en mármol / y en metal y se hacen lápidas. / Jaén: Establecimiento / de Pedro López Quesada–, a las industrias, a las tertulias de café, a los manantiales –como el Raudal de la Magdalena–, a las farmacias, etc.

No cabe duda de la originalidad de la publicación, que en el fondo no es otra cosa que un compendio de amor a Jaén, capital del Santo Reino, escrito con un estilo desenfadado y en cierto modo relajado, pero exponiendo la enjundia del conocimiento de los barrios, de las instituciones, de los personajes –tanto de ayer como de hoy– de una ciudad de la que puede decirse

que quien no la ama es porque no la conoce, porque no ha paseado –corazón en la mano– por la Carrera, las calles Alamos, Colón, Martínez Molina, Angeles –donde Jaén se hace cuesta–, Almendros Aguilar –con el Arco de San Lorenzo–, Parrilla, Madre de Dios, Ramón y Cajal, Mesa –con el comedor de caridad–, los Adarves, Muñoz Garnica– ¡ay, el maestro Salvador Torres!–, Obispo Aguilar..., o por las plazas de la Merced, de la Audiencia o de San Félix, donde, en esta última, Jaén se hace piedra y el alma se queda para siempre.

Los «Amigos de San Antón» y este recensor, a buen seguro, han paseado plazas y calles y han vibrado al ritmo del amor a Jaén. Por eso coinciden en afirmar que obras como la recensionada están haciendo mucha falta.

Joaquín CRIADO COSTA

VILA VALENCIA, Adolfo, *Bajo el cielo de Cádiz (Antología poética)*, Cádiz, 1982, 152 págs.

Bajo el cielo de Cádiz es, como expresar el subtítulo, una antología poética.

Adolfo Vila Valencia, el autor, comenzó a publicar poemas en el año 1931.

Los mejores claveles (poesías varias), *Sembradores del bien* (poema breve) y *Y una vez dueño y señor* (poema laboral en tres actos).

Y tras dar a luz otros libros de poesía, teatro, ensayo e historia, todavía hoy continúa produciendo versos.

Abren la obra una breve biografía de Adolfo Vila, unos versos de Zorrilla, la rima IV de Bécquer una dedicatoria en verso a los poetas y unos poemas más a modo de presentación.

Cuatro «libros» integran el cuerpo de la obra. El primero, titulado «La canción del obrero», es una serie de poemas de carácter laboral –almibarados y sin ápice de rebeldía– y un canto de exaltación al trabajo, algunos de ellos dedicados a su esposa y tñniéndola por tema.

El poema «Definiciones» sirve de bisagra entre el «libro» primero y el segundo, éste titulado «Huelga de poetas», conjunto de composiciones de carácter imaginario sobre el tema que le da título, integrado por un «Pórtico», 18 cantos y un «Colofón».

El «libro» tercero lleva por título «Versos de todas las medidas», y me atrevo a decir que es el mejor de los cuatro. Varias composiciones son un canto a Andalucía y entre ellas una de ambiente cordobés: «Los patios cordobeses». En él se integra el monólogo en verso «La morisca errante».

«Medina Azzahra» se titula el «libro» cuarto, integrado por catorce poemas de ambiente nostálgico, imaginario y onírico sobre sus ruínas: «¡Y llegué a Córdoba! (Gacela morisca)», «Medina Azzahra (poema oriental)», «Narración», «La conquista», «Presentimiento», «Nuevos sueños del califa», «Retrato de Abderramán III», «Azzahra», «El ensueño del califa», «Kasida a Azzahra», «Medina-Azzahra», «Ofrecimiento», «Lamento de la favorita» y «Elegía ante las ruínas de Medina Azzahra». Lleva este «libro»

cuarto la siguiente dedicatoria: «Al Excmo. Ayuntamiento de la bella ciudad de Córdoba, en testimonio de mi admiración de siempre a la que fuese centro hispano-árabe de las ciencias y de las artes».

La obra, en general, está llena de vida, en el sentido de que son poemas-vivencias del autor, que configuran un mosaico de temas. Sin interés antes las cosas de metapoesía, en las que valiéndose del verso expone sus conceptos poéticos.

Dios —el Destino— y Andalucía están presentes en toda la obra, junto con otros temas puntuales como himnos religiosos, la epopeya contra Napoleón, etc., siempre en el lenguaje característico del Sur, que tan bien domina el autor y del que conscientemente hace gala. La amplia presencia de Córdoba da un interés especial a la obra para los que hemos nacido en la que fue capital del califato.

Joaquín CRIADO COSTA

GONZALEZ-RIPOLL, Juan Luis, *El dandy del lunar*, Destino, 1982. (Colección Ancora y Delfín, n.º 575).

Ediciones Destino, en su colección Ancora y Delfín, de la recordamos con nostalgia aquellos libros comodísimos de leer, de color azul, de los que tantos guardamos en nuestra biblioteca —ha publicado en su volumen 575 la novela de nuestro paisano Juan Luis González-Ripoll titulada *El dandy del lunar*, que resultó finalista del Premio Eugenio Nadal 1981.

La colección Ancora y Delfín es, como se sabe, prestigiosísima y de ello dan fe las últimas firmas que la avalan: Miguel Delibes, Fernando Arrabal, Gonzalo Torrente Ballester, Camilo José Cela, Francisco Umbral, etc.

Como en toda buena novela, se nos relata en ésta la verdad de unos personajes y de unos hechos. Embebidos por completo en la lectura fácil y tierna de *El dandy del lunar* la hemos leído en poco más de dos sesiones entre el lecho y la mesa de trabajo. Es de esas novelas que atraen cuando las dejas y a las que hacemos esperar, en la quietud de su noble espera, el menor tiempo posible. Hay que volver a ella y lo hacemos con el gusto de lo que, por falta de complicaciones inverosímiles, por su verdad y hasta por la belleza de su barojiana sencillez temática y sintáctica, no produce el menor cansancio y sí el mayor placer. En esta novela todo es real, sensible, como si se pudiese y de hecho se hace palpar. Su autor dice que en modo alguno se considera un intelectual y que, si acaso, tiene una cierta facilidad para contar historias; pero lo cierto es que nos hallamos ante un auténtico novelista que como quería Ortega, más que inventar acciones, inventa almas, donde más que lo que hacen los personajes nos interesan ellos mismos. Juan Luis González-Ripoll, mientras escribe, sin apenas preocuparse por un estilismo que, generalmente, acaba aburriendo al lector —¡cuántas lecturas de novelas murieron en su mitad o antes por exceso de estilismo!— se preocupa únicamente de su mundo imaginario contado a su manera, que suele ser la nues-

tra y los personajes se van moviendo con la parsimoniosa naturalidad que en ellos pone su autor. La novela es lo suficientemente larga para que el lector trabaje conocimiento con los personajes primero y acabe encariñándose con ellos después.

No son, no, personajes fáciles los de *El dandy del lunar*. En ellos viven entremezclados, como en la vida, las pasiones sombrías, el pecado y la gracia, la luz y la sombra y, así el desarrollo normal de los hechos, va llevando a cada personaje a un fin lógico, a donde el autor no tiene que forzar mucho su imaginación, porque es la propia vida la que, con los brazos abiertos, espera el final que el autor no tiene más remedio que darles.

Pocas novelas, al menos para un poeta, avvicinado en el rosado mundo de la síntesis, se libran de la pesadez. Ni de la repetición de lo que ya hicieron otros. La sencillez narrativa de Juan Luis González-Ripoll ha hecho su libro ameno como lo son a veces las peripecias de un bello cuento.

Desde ese cuarto pequeño, con puerta independiente a la calle, sin cerradura, a donde escribe en cuadernos rayados, de esos que tiene falsilla para que los renglones salgan derechos, como dice el autor, ha salido esta novela finalista del Premio Eugenio Nadal 1981 escrita por un cordobés de quien muchos ya sabíamos y que, en adelante, aunque «hombre de pocas palabras y bigote cano» ha de ser mucho más considerado y, sobre todo, admirado por sus paisanos primero y por todos los amantes de la buena literatura después.

Hay que felicitar al autor por este importante éxito novelístico que, según la crítica, ha superado en fuerza expresiva a sus obras anteriores *Los hornilleros* y *Narraciones de Cazorla*.

Juan MORALES ROJAS